

 PAIDÓS

EL CULTIVO DE LA HUMANIDAD

Una defensa clásica
de la reforma
en la educación liberal

MARTHA C.
NUSSBAUM

Índice

- PORTADA
- DEDICATORIA
- PREFACIO
- CITA
- INTRODUCCIÓN
- CAPÍTULO 1. EL AUTOEXAMEN EN SÓCRATES
- CAPÍTULO 2. CIUDADANOS DEL MUNDO
- CAPÍTULO 3. LA IMAGINACIÓN NARRATIVA
- CAPÍTULO 4. EL ESTUDIO DE CULTURAS NO OCCI-
DENTALES
- CAPÍTULO 5. ESTUDIOS DE LA MUJER
- CAPÍTULO 6. EL ESTUDIO DE LA SEXUALIDAD HU-
MANA
- CAPÍTULO 7. SÓCRATES EN LA UNIVERSIDAD RELI-
GIOSA
- CONCLUSIÓN. LA «NUEVA» EDUCACIÓN LIBERAL
- NOTAS
- CRÉDITOS

Para Rachel
Aliquid et de tuo profer

PREFACIO

Este libro se originó en las muchas experiencias registradas a lo largo de los veinte años en que impartí clases en las universidades de Harvard y Brown, y en la Universidad de Chicago; también en los fructíferos viajes a decenas de recintos universitarios norteamericanos, como conferenciante y como profesora invitada de la sociedad universitaria Phi Beta Kappa. Durante el último programa visité diez campus, a cada uno de los cuales consagré tres días. En ellos dicté tres o cuatro clases a alumnos de pregrado (tanto de Filosofía como de Estudios Clásicos), di conferencias públicas a los estudiantes y al cuerpo docente, además de mantener muchas conversaciones informales en horas de consulta. El Consejo de Estudios Filosóficos tiene un programa similar, financiado por una donación de la Fundación Nacional Norteamericana para las Humanidades, en el que participo regularmente. El objetivo de ambos programas es llevar conferenciantes a universidades que de otra forma no podrían financiar dichas visitas. A medida que pasaba el tiempo, me encontré comparando lo que había vivido con lo leído en los libros sobre educación superior. Con frecuencia sentía que los informes no describían correctamente la situación general de nuestras escuelas superiores y universidades. Comencé a expresar este descontento en artículos para las revistas *New York Review of Books* y *New Republic*.

Mi enfoque personal fue y sigue siendo filosófico. Me propongo argumentar en favor de una norma particular de ciudadanía y establecer propuestas educacionales a la luz de ese ideal. Sin embargo, la filosofía no debería escribirse separadamente de lo que es la vida real y, por tanto, para

mí es importante cimentar mis propuestas en la comprensión del quehacer actual de las escuelas superiores y universidades norteamericanas. Este fundamento empírico es lo más importante, ya que el público general bien puede haber internalizado una imagen incompleta o, incluso, gravemente errada de ese quehacer. Además, también parece importante destacar la diversidad existente entre los estudiantes norteamericanos y las escuelas superiores, con el fin de no hacer propuestas tan abstractas que resulten inútiles. Este proyecto no intenta ser, ni tampoco requiere, un estudio estadístico; así, no proporcionará datos sobre la cantidad de cursos de inglés en la educación superior donde se estudia a Shakespeare, o sobre cuántas instituciones enseñan bengalí o hindi. Lo que necesita, en cambio, es una completa y variada descripción de los muchos diferentes tipos de instituciones cuyos esfuerzos en el ámbito de los cambios curriculares puedan ejemplificar y fundamentar provechosamente las propuestas filosóficas. La mayoría de los libros sobre educación superior se limitan, por lo general, a referirse a unas pocas instituciones de fama y de élite, o a algunas anécdotas sacadas de otros libros. Mi objetivo es transmitir algo del sentimiento de vida presente en instituciones de distintos tipos, con el objeto de que el lector pueda tener una clara noción de los cambios que están ocurriendo.

Con el fin de que mi conocimiento sobre la educación superior de Estados Unidos adquiriera en este libro una forma más sistemática y una orientación más precisa, seleccioné inicialmente un «núcleo» de quince instituciones que representarán los diferentes tipos de escuelas superiores y universidades del país para un estudio realizado con determinimiento. Opté por las universidades donde ya había pasado algún tiempo. En cada caso escogí una sola fuente primaria, alguien a quien conocía y en quien podía confiar. (Normalmente esto significaba que la persona era especialista en filosofía, en estudios clásicos o bien en teoría políti-

ca.) A esta persona, que en todos los casos, salvo uno, era miembro del cuerpo docente, se le pedía escribir un informe sobre los esfuerzos de la institución por incorporar estas nuevas formas de educación; que me enviara otros nombres y material impreso, y que facilitara a mis asistentes de investigación, o a mí, una visita al campus. Pero la vida no siempre funciona como lo esperamos. Recibí informes más detallados de algunas escuelas que de otras; en algunos casos, el «informante» original no escribió nada, pero conocí a otras personas que llenaron este vacío. Y hubo otras escuelas superiores que llamaron mi atención por sus interesantes iniciativas curriculares, tanto que cambié mi enfoque original. Por ejemplo, al comienzo de mi trabajo no conocía el programa de St. Lawrence, aun cuando había visitado esta institución. En todos los casos profundicé en los diferentes puntos de vista y hablé con los estudiantes y con los docentes.

Durante todo el proyecto recibí la inapreciable ayuda de cuatro magníficos asistentes. Dado que desempeñaron un papel tan importante en este libro —especialmente los dos que hicieron entrevistas en los campus—, el lector debería saber algo sobre ellos. Sam Houser, un estudiante graduado del Departamento de Estudios Clásicos de Brown (en el momento de editarse este libro termina una tesis de doctorado sobre el pensamiento político estoico), reunió material publicado, transcribió docenas de encuestas y organizó mis archivos durante los primeros seis meses de trabajo. Eric Klinenberg, quien trabajó conmigo entre 1993 y 1994, justo después de haber recibido en Brown su grado de bachiller en Civilización Americana, cursa actualmente el programa de doctorado en Sociología de la Universidad de California en Berkeley. Fue él quien visitó los campus de Morehouse, Spelman y Belmont como mi representante, haciendo entrevistas y recopilando materiales. No fue fácil para un judío criado en Chicago y educado en Brown ir primero a Belmont, una escuela batista conservadora de Nas-

hville, y al día siguiente a Morehouse y Spelman, y aun así inspirar confianza en ambos sitios, a pesar de las barreras de la religión, cultura y raza. Cuando escuché las horas de entrevistas que grabó, sentí que tuvo éxito en esa empresa gracias a su inteligencia y tacto. Yasmin Dalisay trabajó para mí durante la primavera y el verano de 1994 yendo a la Universidad de California en Riverside, a Brigham Young y a la Universidad de Nevada en Reno. Los padres de Yasmin, ambos filipinos y con cursos de doctorado, poco después de mudarse a Estados Unidos aceptaron ofrecimientos de trabajo en Orem, Utah, cerca de Provo, en donde se encuentra Brigham Young. Carecían de todo conocimiento previo sobre los mormones. Yasmin creció como una extranjera liberal formada en una mezcla de culturas, en una comunidad altamente conservadora. Su profundo conocimiento del mormonismo y su respeto (aunque crítico) por las tradiciones mormonas la habilitaron para realizar las entrevistas allí, así como en recintos universitarios donde la mayoría de los estudiantes de Brown se habrían sentido más en casa. En 1996 Yasmin se graduó en Brown con especialización en Filosofía. Ross Davies, un estudiante de Leyes de la Universidad de Chicago, fue mi asistente de investigación los días previos a la finalización del manuscrito. Editor jefe de la *University of Chicago Law Review* entre 1996 y 1997, entre 1997 y 1998 trabajaría como secretario del tribunal junto a la jueza Diane Wood de la Corte de Apelaciones de Estados Unidos del Séptimo Distrito.

Durante todo este proceso, los entrevistados eran conscientes de la naturaleza de mi proyecto; consintieron en ser entrevistados, grabados y citados por sus nombres. Sólo algunos estudiantes aparecen en el texto bajo pseudónimo; la mayoría de los nombres son reales.

Agradezco a todos aquellos que me ayudaron en la concepción y elaboración de este libro, y en primer lugar a cuatro maravillosos editores. A Robert Silvers, del *New York Review of Books*, por haberme invitado a reseñar *The Clo-*

sing of the American Mind, de Allan Bloom, en 1987, con lo que comenzó todo; a Leon Wieseltier y Andrew Sullivan del *New Republic*, que me ayudaron con su trabajo durante 1992 cuando escribí un artículo sobre las controversias surgidas por los estudios acerca de homosexuales. Y tengo una especial deuda de gratitud hacia Joyce Seltzer, de Harvard University Press. Fue ella quien me sugirió este proyecto y quien me guió a través de su desarrollo, con críticas siempre exigentes, meticulosas y realistas.

Durante varios años, antes de comenzar a escribir este libro, estuve viviendo y criando niños en casa de una familia de ascendencia multicultural y multinacional, con orígenes en la India, Alemania, Italia e Inglaterra. Gracias a la conciencia sobre mi propia ignorancia, aprendí a plantearme preguntas críticas sobre la educación que había recibido, que no me enseñó nada sobre el hinduismo ni sobre el islam, nada sobre la historia de la India o, más concretamente, sobre la situación económica y social en general de los países en vías de desarrollo. Mientras trabajé en un proyecto sobre ética del desarrollo en el Instituto Mundial de Investigación de la Ética del Desarrollo, en Helsinki, se acrecentó en mí la conciencia de mi ignorancia, y estoy muy agradecida a Lal Jayawardena y a todos los que trabajaron conmigo allí por su paciencia y apoyo. Sin embargo, es a la familia Sen, de manera muy especial, a la que debo todo lo que he sido capaz de comprender en el campo de la ciudadanía universal: a Indrani, a Kabir, a Tumpa, a Picco, a «Thamma», Babu, y sobre todo a Amartya, cuya imaginación, sensibilidad y compromiso moral son un ejemplo de lo que un «ciudadano del mundo» puede llegar a ser.

Tengo una enorme deuda de gratitud con los cientos de personas que consintieron en ser entrevistadas para este libro o me enviaron información y, especialmente, agradezco a los «informantes» de los campus, que me proporcionaron un completo y detallado material de trabajo. Algunas de estas personas me enviaron sus pareceres sobre el ma-

nuscrito, y deseo agradecer a Scott Abbott, Deborah Achtenberg, John Armstrong, Grant Cornwell, Marilyn Friedman, Ronnie Littlejohn, Walter Massey, Susan Moller Okin, Philip Quinn, Eve Stoddard y Paul Weithman y muy especialmente a David Glidden por sus detallados comentarios sobre todo el texto. Además, quisiera extender mis agradecimientos a todos los que contribuyeron con sus valiosas indicaciones, como Lawrence Blum, Victor Caston, Thomas D'Andrea, Henry Louis Gates, Amy Meselson, Jean Porter, Witold Rabinowics, Steven Strange, Candace Vogler y Robert Gooding Williams. La Escuela de Derecho de la Universidad de Chicago me proporcionó una atmósfera en la que las profundas diferencias intelectuales y políticas se podían discutir con una verdadera civilidad socrática y compromiso con la razón; agradezco a mis colegas de ese lugar por analizar y comentar un proyecto en el cual había partes con las que estaban en profundo desacuerdo, especialmente a Elizabeth Garrett, Dan Kahan, John Lott, Michael McConnell, Tracey Meares, Richard Posner, Mark Ramseyer, David Strauss y Cass Sunstein.

Finalmente, quiero agradecer a todos mis estudiantes de Harvard, Brown y Chicago por todo lo que, al enseñarles, aprendí sobre ciudadanía, y por el gran placer de dialogar con ellos durante estos años.

Sin embargo, hay una estudiante con quien he argumentado más que con ningún otro, y con más placer y orgullo. Es mi hija, Rachel Nussbaum. Wagneriana y defensora del libre mercado, dialogante socrática y romántica nietzscheana, debatió casi todas las afirmaciones de este libro desde algún punto de vista propio de su compleja personalidad, e hizo que mis formulaciones fueran más agudas y apropiadas.

Chicago,
noviembre de 1996

... mientras vivamos, mientras estemos entre los seres humanos, cultivemos nuestra humanidad.

Séneca, *Sobre la ira*

INTRODUCCIÓN

LA EDUCACIÓN ANTIGUA Y LA ACADEMIA DEL PENSAMIENTO

En *Las nubes*, la gran comedia de Aristófanes, un joven, ávido de nuevos aprendizajes, se encamina hacia la Academia del Pensamiento dirigida por un personaje extraño y de mala reputación: Sócrates. Allí ponen en escena ante él un debate en que se contrastan los méritos de la educación tradicional con los de la nueva disciplina del diálogo socrático. El defensor de la Educación Antigua es un viejo y rudo soldado que apoya un régimen patriótico fuertemente disciplinado, con mucho que memorizar y sin demasiado espacio para el cuestionamiento. Le encanta evocar un tiempo que quizá nunca existió, una época en la que los jóvenes obedecían a sus padres y en que su único deseo era morir por la patria, una época en que los profesores enseñaban aquella solemne y antigua canción: «Atenea, gloriosa saqueadora de ciudades», y no los nuevos y extraños cantos de ese momento. Estudia conmigo, decía con voz resonante, y te verás como un hombre de verdad: pecho amplio, lengua pequeña, nalgas firmes y genitales pequeños (una virtud en aquellos días, símbolo de varonil autocontrol).

Su oponente es un argumentador, un hombre de palabras seductoras: Sócrates, visto a través del distorsionado prisma del conservadurismo aristofánico. Promete al joven que aprenderá a pensar de manera crítica sobre los orígenes sociales de normas morales aparentemente eternas, a distinguir entre lo convencional y lo natural. Aprenderá a elaborar sus propios argumentos, libre de toda sujeción a

autoridad. No tendrá que someterse a continuas marchas. Estudia conmigo, concluye, y lucirás como un filósofo: tendrás una lengua grande, un pecho hundido y estrecho, nalgas suaves y genitales grandes (un defecto en ese entonces, símbolo de falta de templanza). Obviamente, la auto-propaganda de Sócrates está siendo astutamente tergiversada por la oposición conservadora. ¿Cuál es el mensaje? La Nueva Educación arruinará el autocontrol viril, convertirá a los jóvenes en rebeldes obsesionados por el sexo y destruirá la ciudad. Pronto el hijo va a casa y defiende un argumento relativista según el cual él debería golpear a su padre, a ese mismo padre que, furioso, luego toma una antorcha y quema la Academia del Pensamiento. (No queda claro si el hijo todavía está dentro.) Veinticinco años después, en el juicio por corromper a los jóvenes, Sócrates se refirió a la obra de Aristófanes como la principal fuente de prejuicio en su contra.

Tanto en el Estados Unidos de nuestra época como en la antigua Atenas, la educación liberal está cambiando. Nuevas materias han pasado a formar parte de los currículos de Letras de las escuelas superiores y universidades: la historia y la cultura de los pueblos no occidentales y de las minorías étnicas y raciales dentro de Estados Unidos, las experiencias y logros de las mujeres, la historia e intereses de lesbianas y homosexuales. Con frecuencia estos cambios se presentan en la prensa diaria como si fueran grandes amenazas, tanto respecto de los criterios tradicionales de excelencia académica como de las normas tradicionales de civilidad y ciudadanía. Los lectores reciben la imagen de una élite totalitaria y altamente politizada que está tratando de imponer una visión «políticamente correcta» de la vida humana, trastrocando los valores tradicionales y, de hecho, enseñando a los alumnos a argumentar en favor de «golpear al padre». Todavía está en tela de juicio la indagación socrática. Nuestros debates sobre los currículos revelan la misma nostalgia por una época más obediente, más regla-

mentada: la misma desconfianza frente al pensamiento nuevo e independiente expresada en la brillante descripción de Aristófanes.

Este retrato de los campus de hoy guarda poco parecido con la realidad cotidiana de la educación superior en Estados Unidos, donde el cuerpo docente y los estudiantes se esfuerzan por resolver los problemas de la diversidad humana. Los horrores descritos de manera sensacionalista pueden algunas veces ser más entretenidos de leer que los calibrados recuentos de tomas de decisiones responsables; sin embargo, son estos últimos los que necesitamos, pues representan la tanto más ordinaria realidad. Con el fin de evaluar los cambios que están ocurriendo en las escuelas superiores y universidades, tenemos que mirar más de cerca para ver exactamente qué está cambiando y por qué. ¿Qué están haciendo realmente los docentes y estudiantes y cómo la temática de moda sobre la diversidad humana afecta a lo que hacen? ¿Qué tipo de ciudadanos están tratando de producir nuestros establecimientos superiores y en qué medida lo están logrando? Para responder estas preguntas, necesitamos dar una mirada no sólo a una o dos instituciones de prestigio, sino a un amplio espectro, representativo de la diversidad que actualmente se da en la educación superior de Estados Unidos: instituciones públicas y privadas, religiosas y seculares, grandes y pequeñas, rurales y urbanas, institutos y universidades.

Miradas las cosas desde esta perspectiva, sí vemos problemas; y vemos tendencias que deberían criticarse. Pero en su conjunto, la educación superior en Estados Unidos se encuentra en buen estado de salud. Nunca antes había habido tantos jóvenes docentes talentosos y dedicados, dispersos en muchas instituciones de diversos tipos, y reflexionando sobre los difíciles temas de la relación entre educación y ciudadanía. La escasez de empleos en el campo de las ciencias humanas y sociales ha derivado en dificultades económicas, y muchos han debido abandonar las pro-

fesiones que aman. Pero los que se quedaron están intensamente comprometidos; además, los profesores e investigadores más competentes ya no se concentran sólo en algunas escuelas de élite. Están dispersos por todo el país, reflexionando sobre la misión de la educación superior, ensayando estrategias para despertar el pensamiento reflexivo de los estudiantes a los que deben enseñar. La historia real de la educación superior en Estados Unidos es la historia de los diarios esfuerzos de estos hombres y mujeres por razonar debidamente sobre cuestiones apremiantes y por comprometer los corazones y las mentes de sus estudiantes en ese afán.

En la Universidad de St. Lawrence, una pequeña escuela superior de artes liberales al norte de Nueva York, cerca de la frontera canadiense, a comienzos de enero la capa de nieve tiene más de medio metro de altura. Los automóviles casi no hacen ruido al pasar sobre la superficie completamente blanca del suelo. Pero el campus está bien mantenido, incluso en Navidad. En una sala para seminarios bien iluminada, los jóvenes docentes, reunidos a pesar de la festividad, hablan con entusiasmo sobre su visita de un mes a Kenia, donde estudiaron la vida de un pueblo africano. Tras haber compartido la vida cotidiana de hombres y mujeres comunes, tras haber participado en los debates locales sobre nutrición, poligamia, sida y mucho más, ahora están incorporando esta experiencia a sus enseñanzas, en cursos sobre historia del arte, filosofía, religión y estudios de la mujer. Planificando ansiosos el próximo viaje de verano a la India, ya se están reuniendo todas las semanas en un seminario vespertino sobre la cultura y la historia de esa nación. Los líderes del grupo, Grant Cornwell, de Filosofía, y Eve Stoddard, de Inglés, hablan sobre el modo en que enseñan a sus estudiantes a pensar críticamente sobre el relativismo cultural, utilizando un cuidadoso cuestionamiento filosófico según la tradición socrática, con el fin de criticar la sencilla

pero en último término (argumentan) incoherente idea de que la tolerancia nos exige que no critiquemos el modo de vida de los demás. Sus estudiantes realizan juiciosos planteamientos en que analizan los argumentos a favor y en contra de que los extranjeros se pronuncien sobre la práctica de cercenar el clítoris de las mujeres en África.

En Riverside, ya a las 8 a.m. una oscura neblina cubre las montañas y las plantaciones de naranjos. Es el primer día del período académico de verano en el campus de la Universidad de California y un grupo de estudiantes de diverso origen étnico (las minorías totalizan más del 40 %) llenan los prados del establecimiento. Richard Lowy, un joven instructor de Estudios Étnicos, blanco, habla rápidamente a mi asistente de investigación Yasmin Dalisay, hija de doctores filipinos que emigraron a Orem, Utah. Lowy habla con voz baja y suave, mirando a través de los gruesos cristales de sus gafas. Describe la dificultad de enseñar sobre la inmigración, la asimilación y las luchas de las nuevas minorías en un clima político saturado de sensacionalismo, desconfianza y sensiblería irracional. «Hay algunas personas que enseñan el multiculturalismo de un modo provocativo. Yo opto por un enfoque más contemporizador. Trato de decir a la gente que no estoy aquí para menoscabarlos y que no me interesa condenar a nadie por lo que sus ancestros, parientes o quien sea haya hecho; sólo trato de explicar lo que está pasando y espero que los conocimientos que presento empezarán a tener efecto sobre las personas, mientras que el extremado emocionalismo de algunos es lo que hace perder el interés. Pienso que resulta demasiado limitado para la gente orientar su humanidad sólo en términos políticos, y siempre les digo que pueden humanizar sus ideas políticas o politizar su humanidad, y que si uno es un ser humano realmente decente, de actitud correcta, corazón justo y de buena fe, esto se notará. Así es que trato de poner las cosas en esa perspectiva.»